

en la acción exterior de un Gobierno compuesto de elementos tan heterogéneos y de tan contrarios principios; la armonía entre ellos no era más que aparente y simulada; una guerra intestina reinaba constantemente en el Consejo, y más de una vez degeneraron las deliberaciones en violentas y sangrientas luchas, que Lamartine, que se consideraba como depositario de los destinos de la República, calmaba con su autoridad conciliadora.

Había tres principales jefes en el Gobierno provisional, cuyos tres secretarios se habían convertido en miembros asociados; Lamartine, Ledru-Rollin y Luis Blanc; éste sólo llevaba consigo á Albert, pero detrás de éste á la parte más ilustrada é inteligente de la clase trabajadora; Ledru-Rollin se apoyaba en Flocon, y luego en Caussidiere, en Sobrier y en sus guardias pretorianos, y además en los clubs y en los republicanos rojos; Lamartine podía confiar en Francisco Aragó, en Marrast, en Garnier-Pagés, en Marie y en Cremieux, perteneciente cada uno de ellos á diferente matiz de opinión.

El talento de Lamartine, mientras duró el Gobierno que dirigía de hecho, si no de nombre, fué saber marchar casi siempre de acuerdo con Ledru-Rollin, ya acercándose á él, ya atrayéndole á sí.

El programa de la nueva República había sido formulado en los siguientes términos por Luis Blanc una hora después de la toma de las Tullerías en un cartel fijado con profusión: «*Deseos del pueblo, Reforma para todos.*»

«Amnistía general, consagración del derecho de reunión, inmediata disolución de la Cámara, convocación de las asambleas primarias, libertad de la patria, libertad de imprenta, libertad de asociación, libertad de elección, absoluta libertad de cultos, reforma electoral, reforma parlamentaria, no más rey, no más Cámara de los Pares, no más aristocracia, respeto á la propiedad, derecho al trabajo, no más explotación del hombre por el hombre, igualdad de derechos, paz y santa alianza entre los pueblos, independencia para todas las nacionalidades, la Francia guardadora de los derechos de los pueblos débiles, fraternidad universal.»

Este programa no era aceptado por todos los miembros del Gobierno provisional, y sin embargo, veíanse obligados á admitir sucesivamente sus artículos bajo la incesante presión del partido del movimiento de la revolución.

Apenas Luis Blanc queda instalado en la Comisión dictatorial, cuando reclama, exige y obtiene la declaración del derecho al trabajo, á pesar de la repugnancia, de la oposición de sus colegas, y el Go-

bierno provisional se obliga á garantizar por medio del trabajo la existencia del operario.

Luis Blanc, sin embargo, quiere más, y apoyado por Albert y Ledru-Rollin, que también participa de su opinión, insiste en que se cree un ministerio del Progreso y que se organice el trabajo; los demás colegas vacilan y deliberan y Francisco Aragó, que prevé toda la gravedad que encierra en aquellas circunstancias una proposición insoluble en los momentos que se hacía, le dice: «¡Pretendéis hacernos matar á todos!», pero Garnier-Pagés y Marie imaginan formar una Comisión de estudio para preparar la organización del trabajo.

Esta Comisión, llamada «Comisión de gobierno de los trabajadores» y para la cual Luis Blanc fué nombrado presidente y vicepresidente Albert, se estableció en el palacio del Luxemburgo, abriendo sus sesiones en la antigua sala de la Cámara de los Pares, cuyos escaños son ocupados por los delegados de todas las profesiones, artes y oficios que por espacio de dos meses escuchan á Luis Blanc como á un profeta, cuyos discursos acogían sin comprenderlos, y cuyos beneficios bendicen antes de haberlos recibido.

Pero aquella relevante idea de Luis Blanc, surgida en un alma generosa, tuvo que quedar reducida á la teoría, bien fuera por falta de dinero, bien por carecer de cooperación y medios prácticos y más todavía por la astuta habilidad de los políticos del Gobierno provisional que, no viendo con buenos ojos las ideas de aquel ardiente reformador, procuraron encerrar y encadenar la popularidad de que gozaba en la especie de palenque que se había establecido en el Luxemburgo.

Entre tanto los ministerios de la Guerra y de Obras públicas fundaban talleres nacionales de desmonte, donde los operarios sin trabajo podían ganar un franco y medio al día removiendo algunas paletadas de tierra y también permaneciendo con los brazos cruzados.

Aquellos trabajos nacionales ideados por Garnier-Pagés y Marie y dirigidos por el ingeniero Emilio Thomas, reunieron en pocas semanas un ejército revolucionario de cien mil hombres, con el cual parecían hacer causa común los veinticuatro mil hombres de la guardia movilizada, creada en las barricadas de Febrero y reclutada entre los más enérgicos defensores, cuya mayor parte ni siquiera llegaban á la edad del hombre.

Cada miembro del Gobierno procuraba, pues, por decirlo así, crearse un punto de apoyo, reclutando fuerzas de la población.

Ledru-Rollin, que comprendía lo insegura que era una República en Francia establecida por el azar y que carecía de base y de raíces, procuró conquistar el favor de los clubs y atraer la parte activa del pueblo, queriendo ante todo granjear amigos y defensores para la joven República á la par que aterrorizar á sus enemigos. Y á este fin fué el haber enviado á los departamentos comisarios de la República, con objeto de que republicanizaran al país y le mantuviesen siempre agitado y en guardia contra las maquinaciones orleanistas, bonapartistas y legitimistas.

Acertada fué aquella medida que ejerció poderosa influencia en la opinión pública, que casi en general, se pronunció en favor de la República.

Y sin embargo, la gestión de diversos de aquellos comisarios, elegidos muchos de ellos entre el humo de los bodegones ó las tinieblas de las sociedades secretas, no produjo satisfactorios resultados.

Luis Felipe quedaba ya relegado al olvido: sus dos hijos, el duque de Aumale y el príncipe de Joinville, reconocieron tácitamente el Gobierno provisional y se desterraron con su familia, á pesar de que el uno al frente de su escuadra y el otro, gobernador de la Argelia, habrían podido protestar con las armas en la mano, contra la revolución de 24 de Febrero.

Dos días después de la proclamación de la República, llegaba de Londres Luis Napoleón, que reclamaba le fuesen reconocidos sus derechos de ciudadano francés, pero Lamartine, que con su presencia preveía graves complicaciones, le obligó á salir otra vez de Francia.

Por último, dos facciones temibles, tremolando ambas la bandera republicana, se habían puesto en abierta lucha con el Gobierno provisional, esto es, la facción de Blanqui y la de Barbes.

Los clubs se habían multiplicado hasta lo infinito, pero se hallaban unos en correspondencia con el club de la Revolución, presidido por Barbes, y otros con el club Central, presidido por Blanqui; estos clubs, fundados en su mayor parte por los miembros de las antiguas sociedades secretas, constituían las legiones de un inmenso ejército revolucionario, que comprendía en sus filas á las masas de los talleres nacionales, pero como tan formidable ejército no obedecía á un solo jefe y se hallaba dividido de ordinario en tres ó cuatro cuerpos que obedecían distintas órdenes, no parecía deber obrar nunca con unanimidad.

Sólo en una ocasión, el día 17 de Marzo, se reunió

bajo sus banderas, pero sin armas, en número de doscientos mil hombres, cuando se desplegó en las calles de París, á la voz del Gobierno provisional, para neutralizar una manifestación de los guardias nacionales, reunidos la víspera, con un fin contrarrevolucionario, no pudiendo penetrar en las Casas Consistoriales, á donde se dirigían vistiendo el uniforme y gritando: ¡muera Courtais! ¡muera Ledru-Rollin!

La ridícula jornada de las *gorras de pelo*, nombre que se dió á aquella manifestación, proporcionó el imponente espectáculo de semejante ostentación de las fuerzas populares, terminando el acto con una iluminación general; pero fácilmente se comprende que no debían semejantes escenas afianzar mucho la tranquilidad y la confianza públicas.

Todo el mundo se preguntaba con inquietud, cómo podrían ser subvenidas las necesidades materiales y la ávida impaciencia de aquellos operarios regimentados, que ya no trabajaban y que querían ser ricos á su vez: «¡Tenemos tres meses de miseria al servicio de la República!» había dicho uno de sus oradores al anunciar que esperaba la abolición del proletariado y la organización del trabajo, objeto de las aspiraciones y esperanzas de las clases pobres y trabajadoras.

La predicación filosófica de las reformas sociales había hecho creer en la próxima venida de un Mesías humanitario, y por esto los sistemas que tenían por objeto alterar desde el fondo la sociedad, eran abrazados con entusiasmo por fanáticos neófitos.

Luis Blanc con sus trabajadores, Víctor Considérant con sus falansterianos, Calbet con sus icarianos y Proudhon con sus comunistas, se esforzaban á un tiempo en demoler la antigua sociedad y en reconstruir otra, totalmente nueva, siendo aquel desorden social mucho más grave y amenazador que el desorden político.

Sin embargo, no era esto solo; habíanse de conjurar otras dos calamidades: la bancarrota y la coalición extranjera.

Ante la inminencia de la primera, Goudchaux había abandonado el ministerio de Hacienda y Garnier Pagés, que había tenido el valor de encargarse de él, dejando á Marrast que saboreara en lugar suyo las delicias de la Alcaldía de París, no imaginó otro medio que decretar una contribución adicional de cuarenta y cinco céntimos que pesaba sobre los pequeños propietarios y labradores más que sobre los ricos, y que sublevó contra la República á la población rural, en el preciso momento en que necesitaba apoyos entre la clase más numerosa y apreciable de los ciudadanos.



La contribución de los cuarenta y cinco agravó el peso de la miseria pública, pero al menos pudo pagarse, á su vencimiento, el semestre de la deuda nacional.

Pensóse por un momento en acudir á la generosidad individual, á la abnegación del ciudadano; mas los dones y las ofrendas patrióticas sólo llegaron á una suma vergonzosa: necesitábase dinero á montones, y el Gobierno de Luis Felipe había vaciado las arcas del Estado, consumido el sagrado depósito de la Caja de Ahorros, y agotado de antemano los recursos del país.

Los comisarios extraordinarios, los talleres nacionales, los clubs, las limosnas, los armamentos costaban muy caro, y el numerario se ocultaba en todas partes ó salía de Francia, mientras que el crédito expiraba, que la industria se hallaba paralizada y el comercio agonizante.

Y sin embargo esa Francia bastardeada, que se erigía en república antes de haber engendrado republicanos, debía con su revolución conmover la Europa, agitar á los pueblos y alarmar á los reyes. Aquella revolución tan pronta, tan imprevista, tan unánime, no inspiró al principio otros sentimientos que la admiración y la envidia; por un momento pudo temerse que los Gobiernos de la Santa Alianza se coaligasen como en 1793 para sofocar en Francia el incendio democrático que les amenazaba ya, pero su coalición no tuvo tiempo para tomar cuerpo.

Lamartine había dirigido en 5 de Marzo un manifiesto á la Europa, bajo la forma de una circular á los agentes diplomáticos de la Francia, y en aquel magnífico y solemne documento establecíase que la República francesa no era un acto de agresión contra ninguna forma de gobierno, que no haría la guerra á nadie, que respetaría los Gobiernos y los tratados existentes; pero que protegería los legítimos movimientos de las nacionalidades oprimidas.

Esto era tender una mano á los reyes y otra á los pueblos; y mientras el ministro de Negocios Extranjeros declaraba á la faz de la Europa dejar en paz á los Gobiernos, el ministro del Interior, Ledru-Rollin, alentaba una propaganda revolucionaria en Bélgica, en Cerdeña, en Polonia y en los estados de Alemania, propaganda que quedó reducida á algunas ridículas empresas en las fronteras.

Pero las revoluciones que tuvieron gran éxito, aun cuando momentáneo, y que amenazaron convertir la Europa en republicana, fueron aquellas que no se concertaron en los clubs de París, ni im-

portadas de Francia por medio de un personal tan poco idóneo.

Berlín, Munich, Viena, Nápoles, Milán, Venecia y Cracovia, se sublevan contra sus soberanos y á su vez tienen sus barricadas, sus victorias y sus héroes.

El rey de Prusia otorga á la rebelión las instituciones liberales que hacía treinta y cinco años prometía á su pueblo; el rey de Baviera abdica en favor de su hijo; el emperador de Austria, expulsado de Viena por los sublevados, se refugia en Inspruck, mientras que su antiguo ministro, el príncipe de Metternich, se reúne en Londres con los últimos ministros de Luis Felipe; después de cinco días de horrible lucha contra las tropas del general Radetzky, Milán llama á las armas á la Lombardía y da el grito de independencia; imitando este ejemplo Venecia y todas las ciudades de la dominación austriaca, lanzan del suelo italiano á los austriacos; el rey de Cerdeña, que ha tomado bajo su protección á la Lombardía emancipada, cediendo á los deseos de sus súbditos, reta al Austria á sangriento combate; la Alemania también se agita para obtener su unidad; la Polonia se despierta; Microlawski tremola desde la frontera prusiana su desgarrado estandarte, y en medio de toda esta conmoción general únicamente España y Bélgica permanecen tranquilas, si bien la primera tuvo sus motines del 26 de Marzo y del 7 de Mayo. Inglaterra, que bajo el reinado de la libertad y de la ley, conserva su altiva á la par que pacífica actitud, se apresura á reconocer la República francesa, que igualmente reconocerán dentro de poco las demás monarquías europeas.

Deseosos todos los partidos extremos de apoderarse del poder, hacían cuantos esfuerzos son imaginables para que la época de la reunión de la Asamblea constituyente se dilatase todo lo que fuese posible, temiendo Lamartine no poder conducir al país sin guerra civil y nuevas revoluciones si aquel estado de cosas se prolongaba mucho.

Y el deseo de conseguir aquel fin, hasta en el mismo seno del Gobierno provisional, se agitaba; pero esta aspiración se hallaba como paralizada, bien por el número de los que aspiraban á la dictadura, bien porque éstos no querían ó no podían ponerse de acuerdo.

Ledru-Rollin, Caussidiere y Blanqui, aspiraban los tres á la presidencia del Gobierno provisional que debía ser modificado según las leyes y aficiones de cada uno, y las esperanzas, planes é intrigas de estos conspiradores no eran secretas para ninguno

de ellos, ya que todos tenían sus policías particulares que se vigilaban y espiaban mutuamente, de modo que Lamartine estaba al corriente de cuanto se preparaba, sin tomar parte alguna en tales maquinaciones.

Las elecciones que debían verificarse en toda Francia debían tener lugar el 25 de Abril, y á fin de aplazarlas, habían decidido organizar un movimiento, en el que los clubs y los talleres nacionales exigiesen la modificación de la Comisión de gobierno, designando á los miembros que habían de reemplazar á los antiguos, á quienes se acusaba de moderantismo, reaccionismo y hasta de traición.

Sin embargo, no fué posible llegar al acuerdo de quiénes serían los elegidos del pueblo, pues que Blanqui y Barbes, que tenían los primeros papeles y eran aclamados cada uno de ellos por un partido considerable, con el odio que recíprocamente se profesaban, el uno y el otro impidieron la ejecución del golpe de mano, así como tampoco el club de los Clubs, que presidía Barbes, se negó á entrar en relaciones con el club Central, que estaba bajo la presidencia de Blanqui.

A pesar de esto, las juntas directivas de la manifestación fijada para el domingo 16 de Abril, emplearon la víspera de este día en nombrar una



LAMARTINE

comisión de salvación pública, en la cual únicamente figuraron Ledru-Rollin, Luis Blanc, Albert, Barbes y Caussidiere.

El domingo por la mañana, reunidos en el Campo de Marte los batallones nacionales bajo pretexto de elegir á los oficiales de la guardia nacional, se formaron en columna y se pusieron en marcha hacia las Casas Consistoriales; pero advertidos ya de lo que sucedía Lamartine y Marrast, éste pone aquel edificio en estado de defensa y Lamartine despreciando la voluntad de los clubs que no consentían la presencia de un soldado en la capital, llama tropas á París, y luego se dirige á la casa de Ledru-Rollin, arrancándole la orden de tocar generala.

Reúne la guardia nacional y la firmeza de su

actitud impone á los clubs y á los talleres nacionales que se contentan con pronunciar discursos y prorrumpir en aclamaciones en honor de sus jefes, discursos y aclamaciones que son contestados por los guardias nacionales con los gritos de: ¡Mueran los comunistas! ¡Muera Cabet! ¡Muera Blanqui! y á estas voces únese de buen grado la población.

También en provincias se dejó sentir el movimiento organizado para el diez y seis de Abril, y si se exceptúa Ruan, donde la asonada se trocó en verdadera lucha, en los demás sitios, si bien produjo algunos desordenes, fueron fácil y prontamente reprimidos.

Hasta el 4 de Mayo, día de la apertura de la